La maga

¿Marihunadas de utopía frustrada?... si Cortazar lo hizo, ¿por qué yo no?

Rebeca Bolán Machuca

La invitación de Ana María era muy clara. Presentar a la consideración del estricto grupo literario un ensayo sobre algún personaje de la obra de Julio Cortázar. Uno que nos hiciera vibrar, que nos transmitiera algo, que compartiera con nosotros esa química extraña y milagrosa que se establece a través de un texto bien logrado, y que llamamos "identificación".

Hasta ahí vamos bien. Hay tantos personajes cortazianos de donde cortar. Por ejemplo Irene, del cuento "Casa tomada" en *Bestiario*, con quien me une esa indolencia absurda por tejer. Nada más que a diferencia de ella yo no tejo suéteres o bufandas, sino tejo y destejo fantasías.

O qué decir del personaje anónimo de "Carta a una señorita en París", del mismo libro, quien tenía la feliz ocurrencia de vomitar, de cuando en cuando, un conejito. . . suave, felpudo y tibio. Sólo que mis vómitos son más frecuentes y menos tibios. Yo arrojo en pedazos las excrecencias de la realidad atosigante, los colores rojo y negro de mi bandera en huelga permanente, que alzo ante un lugar absurdo y grotesco al cual me niego a ingresar.

Y si de personajes se trata, la lista podría continuar ad infinitum. El problema consiste en el estilo. ¿Cómo carajos le voy a hablar? ¿Qué tono usar? Francamente no me quiero arriesgar a que el día de mañana –dos o tres siglos después– este incipiente grupito de literatos, convertidos en los sacerdotes de la cultura del siglo XXI, se averguence de cortar entre sus huestes a una fresca, irreverente y neurótica prosista. Vaya usted a saber, si hoy no se está sembrando la simiente de los futuros Contemporáneos, o nazca hoy, aquí mismo, en este cafecito, esa nueva sensibilidad que todos anhelamos.

No. Definitivamente no me quiero arriesgar. Preferible emplear el tono sobrio, cauteloso y frío del académico. Medir y calcular los ritmos, buscar el encuadre exacto en cada frase. Cortar y disecar la gramática con trazo firme de cirujano.

¡Pero Dios! ¿Cómo diablos se conjuga el antefuturo del subjuntivo?

Me olvidaré por el momento de los verbos y accidentes gramaticales y pasaré a soñar con La Maga de *Rayuela*, no sin antes confesar públicamente mi pecado tanto tiempo contenido, de no haberla leído en su totalidad. Sin embargo hoy quiero ser la maga. . . abierta, pura y etérea. Maga para convertir esta hoguera de lumbres y cenizas en un mundo de Amor, así con mayúsculas, en donde el egoísmo y la inflación y la pinche contaminación –con todo y sus absurdas calcomanías anticontaminantes– se vayan por el caño. En donde las jerarquías y sistemas se establezcan únicamente por nuestra capacidad de entrega, sin rebatingas ni ofertones espirituales... enteritos, sin medias tintas ni tibiezas de clase-medieros, ridículamente disfrazados y aburridos.

Maga para reír en vez de llorar al leer el periódico. Para salir de noche con mi perro a caminar, sin temer ser asaltada. violada, humillada, ridiculizada y tornar mis miedos en valentías.

Poseer la magia azul del perdón y la humildad, de mis amores pasados y mis errores eternos. Tirar al excusado mis atavismos disque femeninos y educar a mi hija en una unidad biopsíquica en armonía con sus propios ideales, borrando de su diccionario la palabra miedo. . . porque no existirán los "atenuantes" del alcohol, ni el suicidio, ni el "free-sex", ni los barbitúricos. . . porque no existirán las heridas. Ser la maga y no depender del dinero, porque para lo único que ha servido es para crear más miseria, con todo lo que implica el término. Ni depender de mi perro, ni de mi padre, ni de mi madre y desatarme esos cordones del corazón que me encarcelan a destinos que no son los míos. Vivir en estado de beatitud auténtica, dando, sólo dndo sin esperar nada del mundo, porque el mundo lo llevo adentro. . . el mundo soy yo.

Sí, jugar a ser La Maga y cantar y celebrar mi presencia en este planeta lleno de sonidos y colores.